

que nos da á todos ancho campo para hermosa y sublime meditacion! ¿Lo hemos meditado sériamente alguna vez? Si debiéramos contestar al momento, á buen seguro que tuviéramos que decir: *No*. Pero mañana podrémos decir *Sí*, ¿no es verdad?

V. Disposiciones para la fiesta.—Si queremos celebrar útilmente la fiesta de este dia, procuremos penetrarnos bien de los tres misterios que nos representa. Admiremos la profunda humildad de la Virgen santísima, implorémosla, y sobre todo esforcémos en imitarla: sea esta virtud, base y guardadora de todas las demás virtudes, el objeto constante de todas nuestras oraciones y meditaciones, ahora sobre todo que el mundo perece por causa del orgullo y del espíritu de independencia. Contemplemos el celo generoso y solícito del niño Jesús: roguémosle que encienda este celo en nuestros corazones; lloremos de ver que tenemos tan poco, precisamente ahora que tenemos tantas ocasiones y tantos motivos para ejercitarlo. Por último, tomemos parte gozosamente en la felicidad de Ana y de Simeon; aprendamos con su ejemplo á anteponer á Dios y su gracia á todas las demás cosas, y pidámosle encarecidamente que nos despegue de todo lo que no sea él.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber inspirado á vuestra Iglesia la institucion de la fiesta de la Purificacion; hacednos la gracia de que imitemos los bellos ejemplos de humildad y obediencia que Jesús y María nos dan en tal festividad.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *purificaré cuidadosamente mis intenciones cuando vaya á la iglesia.*

LECCION XXXII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Misterios de la santa infancia.—Sabiduría de la Iglesia.—Misterios de la vida pública de nuestro Señor.—Obligacion de imitar á Jesús penitente.—Contestacion á las objeciones del mundo.—Necesidad general de la ley de la abstinencia.—Preparacion para la Cuaresma.—Septuagésima, Sexagésima, Quincuagésima.—Oracion de las Cuarenta horas.—Miércoles de Ceniza.—Penitencia pública.—Cuatro órdenes de penitentes.

I. Misterios de la santa infancia.—Así como la primavera siembra la tierra de flores, así la Iglesia ameniza la triste y fria estacion del invierno con las santas fiestas, que vienen á ser otras tantas flores en la vida del pueblo cristiano. Navidad, los santos Inocentes, el dia del año nuevo, los Reyes, ¡qué série de dias tan alegres! El mundo celebra tambien sus fiestas en la estacion de los frios: los festines, las danzas, los teatros y otros ruidosos placeres se suceden, y atraen continuamente á sus apasionados. Empero las fiestas del mundo, fuente de disipacion y con harta frecuencia de inmoralidad, excluyen á una gran parte de la sociedad, porque los pobres no pueden participar de ellas; al revés de las fiestas cristianas, á las cuales son admitidos y convidados todos los hijos de la gran familia, y donde cada uno disfruta, no segun su ciencia, dignidad ó riqueza, sino segun la pureza de su corazon. Bajo este respecto las fiestas cristianas son altamente sociales; y lo son tambien en cuanto tienen por objeto aumentar la felicidad del hombre haciéndolo mas bueno, pues no hay virtud que no le prediquen, ni sentimiento honroso que no le infundan, ni leccion saludable que no le enseñen.

Asi pues, durante el Adviento, la Iglesia emplea sucesivamente el lenguaje de Isaías y de Juan Bautista para despertar en el corazon del hombre el sentimiento de la esperanza. Rey destronado, desterrado, proscrito, dice al género humano, no te queda mas que un solo bien, y este bien es la esperanza. Espera, pues, desea, suspi-

¹ Cuadro poético de las fiestas, pág. 78.

ra, que en breve vendrá tu Libertador. Por otra parte, la caída del hombre, su redención, las cualidades del Redentor y los medios de aprovecharse de esta redención, ¿no forman, por ventura, toda la historia de la humanidad? ¿Puede darse una lección mas profunda de filosofía, ó un medio mas propio para orientar al hombre en el tenebroso camino de la vida terrenal? El día de Navidad, la Iglesia nos dice con la voz de sus mil campanas, con sus alegres cánticos y con sus pomposas ceremonias: Despues de una larga expectacion, ha llegado el Mesías, nos ha nacido un Niño, hásenos dado un Hijo; y los corazones se dilatan, y la ternura, la piadosa compasion, las mas dulces lágrimas, una santa confianza y todos los sentimientos que puede inspirar un Niño que nace por amor de nosotros en una noche de invierno y en una gruta húmeda y expuesta al soplo helado del aquilon, mueven al rico, consuelan al pobre, estrechan los vínculos de fraternidad entre los hombres, é inducen á la práctica de innumerables virtudes.

Pero la Iglesia no ha olvidado las palabras del divino Maestro: «En verdad os digo, que si no os volviéreis é hiciéreis como niños, «no entraréis en el reino de los cielos¹;» y para comunicar á los cristianos el carácter, los sentimientos y virtudes de esta divina infancia, ofrece por espacio de cuarenta días á nuestras meditaciones al Hijo de Dios envuelto en las mantillas de su cuna, con lo que la Iglesia se muestra la amiga mas ilustrada de la sociedad. Y en verdad, ¿de qué procede el fraude, la disimulacion, la hipocresía, el egoismo, el espíritu de incredulidad y de insubordinacion, en una palabra, todos esos vicios asquerosos que emponzoñan tantas existencias y ponen al mundo al borde de un abismo, sino de haber desaparecido casi enteramente el admirable carácter de la infancia evangélica? ¡Honor y reconocimiento á la Religion que, presentándonos por modelo un Niño-Dios, procura con el mayor ahinco imbuirnos unas virtudes cuya práctica aseguraria desde luego la dicha de los individuos, de las familias y de los pueblos!

II. Misterios de la vida pública de nuestro Señor.—La Iglesia, despues de habernos hecho meditar la primera página de la vida del niño Jesús, pasa á la segunda. El Salvador ha crecido en edad, en ciencia y en sabiduría delante de Dios y de los hombres. Tambien nosotros debemos crecer en todas estas cosas, siguiendo á nuestro

¹ Matth. XVIII, 3.

modelo en su nueva carrera. Aquí se abre ante nosotros la historia de los dolores del Hombre-Dios. Expiador de nuestros crímenes, aparece humillándose en las orillas del Jordan, y recibiendo de manos de Juan Bautista el bautismo de la penitencia; ayunando en el desierto, expuesto á las humillantes asechanzas del espíritu tentador, saliendo, en fin, de su retiro para sembrar el triple beneficio de sus ejemplos, de su doctrina y de sus milagros entre los pobres de Galilea, de Samaria y de Judea. Siendo nosotros culpables, con mucha mas razon debemos expiar como él, es decir, humillarnos, ayunar, gemir y orar. Por esto la Iglesia en su maternal solicitud quiere que cada uno de nosotros imite esta segunda página de la vida del divino Modelo; de ello depende nuestra salvacion eterna y aun nuestra felicidad temporal. Pero ved aquí que la Iglesia nos anuncia la vuelta del ayuno solemne: va á empezarse la Cuaresma. Como criatura, el hombre debe prestar homenaje al Criador, y como criatura culpable, ha de hacer la debida expiacion.

III. Necesidad de la abstinencia.—Aquí el mundo, que ignora cuál es la condicion del hombre en esta tierra de transicion, exclama: Ese culto es un culto de abstinencia y privacion, y por tanto no puede menos de agravar los males inherentes á nuestra naturaleza, y convertir á los hombres en esclavos.

Decis que el Catolicismo es un culto de abstinencia y de privacion. Si, en verdad, porque es un ejercicio continuo de virtud, y la virtud no se adquiere sino á fuerza de trabajos y batallas. Abrid los fastos de la historia, recorred la vida de los hombres grandes de los siglos pasados, y ved si hay uno solo digno de este nombre que no haya comprado un poco de celebridad con grandes sacrificios: ved de qué modo se formaban aquellos varones esforzados en las antiguas repúblicas de Roma y Lacedemonia. En todas hallaréis la austeridad de vida, la abstinencia, las privaciones, el espíritu de sacrificio elevado hasta el heroismo; lo cual os probará que todo esto es muy conforme con una naturaleza sabiamente ordenada.

Pero la Religion enaltece todavía inmensamente la naturaleza, y colma de dulzuras la práctica de esos importantes deberes. Mucho os equivocais pensando que sea penoso para el cristiano el multiplicar sus sacrificios para la práctica de la fe, pues léjos de esto, la idea consoladora de obedecer á su Padre celestial y de acostumbarse en su presencia á vencerse á sí mismo le hace suave y fácil

el precepto de la abstinencia. Desde entonces no ve en él mas que un medio de probar á Dios su amor y respeto filial, sentimiento lleno de delicadeza, desconocido á los hijos del siglo, que nos mueve á ofrecer al Autor de la naturaleza una pequeña parte de los dones que cada dia recibimos de su suprema bondad. Solo á los corazones amantes y sensibles es dado el gustar las delicias de semejante obediencia.

Dice tambien el mundo: Es dudoso que Dios prescriba estas privaciones, supuesto que nos ha dado los bienes para que usemos de ellos con moderacion todos los dias de nuestra vida.

Y pregunto, ¿qué razon hay para suponer que Dios mire con indiferencia este culto de renunciacion? ¿Nos habrá dado los bienes para que usemos de ellos á la manera de los brutos, esto es, sin reconocimiento ni amor? Siendo, como somos, unos seres débiles y limitados, ¿de qué modo podemos probarle nuestro agradecimiento á sus beneficios, sino prestándole continuo homenaje? Todos los pueblos de la tierra nos dan diariamente este ejemplo de sumision y obediencia. Herederos, aunque infieles, de las tradiciones primitivas, han conservado esta parte del culto público, aun entre las tinieblas del Paganismo; y, así como no hay pueblo sin religion, no hay religion sin culto de abstinencia: testimonio unánime del género humano en favor de esta parte de nuestros ritos, que, sin aumentar la santidad de su observancia, confirma á lo menos su práctica como esencial al culto público y dictada por un mismo espíritu á todas las conciencias. Esto nos prueba cuán vana es la sabiduría del mundo que quisiera suprimir de la Religion ese testimonio, y que los hombres gozasen de todos los bienes, como si no hubiera Dios en el universo.

Estos bienes, decís, nos han sido dados para que usemos de ellos con moderacion todos los dias de nuestra vida.

Pero para proceder con tal moderacion ¿pensais que basta quererlo? La frugalidad y la templanza suponen un continuo ejercicio de privacion: el que no sabe abstenerse algunas veces de los placeres licitos, difícilmente podrá resistir á la seduccion de los ilícitos. La virtud se sustenta con sacrificios: cada abstinencia, cada mortificacion que prescribe es una nueva prueba que nos pide de nuestro amor; es un nuevo vínculo con que pretende adherirnos á sus santas leyes. Porque es tal la naturaleza de nuestro corazon, que un sacrificio nos dispone á otro sacrificio, hasta que por últi-

mo ningun esfuerzo se nos hace penoso cuando se trata de conservar, junto con el inestimable recuerdo de una virtud probada, el aprecio de nosotros mismos y el fruto de una larga constancia. De un modo semejante el labrador acaba por aficionarse al campo que riega con sus sudores, y el militar á la guerra que le cuesta la sangre y los miembros. ¡Oh hombres, quienquiera que seais, tened entendido que no seréis dignos de la virtud mientras no le profeséis un verdadero amor; y ya sabeis que el amor no se aviene con el cálculo!

De consiguiente las privaciones y la abstinencia son una condicion necesaria de la virtud. Pero el hombre es tan poco amigo de violentar sus inclinaciones, que se entrega á la corriente de las olas hasta que se estrella en las rocas. La Iglesia, que nos conoce y ama como una tierna madre, ha prevenido la ligereza de nuestro espíritu oponiendo una barrera sagrada á los impulsos de nuestro corazon. Sus leyes acerca del ayuno y de las privaciones son la salvaguardia de la virtud del hombre y del bienestar de la sociedad.

Empero esas leyes deben considerarse todavía bajo otro aspecto. La Iglesia, con su mirada iluminada por la fe, ha penetrado hasta lo íntimo de la naturaleza humana. El hombre es culpable; y de ahí es que todos nosotros, reyes y súbditos, ricos y pobres, debemos purgar nuestras culpas. Solo los sofistas pueden hablar á sus discípulos como á unos seres impecables, excluyendo de su moral cuanto tiene relacion con el pecado y la expiacion del hombre. La verdadera Religion ha sabido buscar en otros principios el fundamento de la regla eterna de las costumbres. Toda falta demanda una pena, todo delito un castigo, ó del contrario, es menester borrar de la inteligencia humana toda idea de justicia. Esto supuesto, el católico que se cree culpable (¿y qué hombre puede llamarse inocente?) se castiga á sí propio de sus pecados privándose en todo ó en parte de los mismos bienes de que ha abusado; pues considera justo y razonable reparar de este modo sus excesos con sus austeridades, y reconquistar el imperio de las pasiones contrayendo unos hábitos opuestos á los que se lo han anajenado.

Decid ahora si os parece que haya en la penitencia cristiana, en la Cuaresma católica explicada de esta suerte, alguna cosa que la razon mas ilustrada no recomiende al hombre resuelto á separarse de la senda del vicio. Todo filósofo se veria precisado á dar iguales

consejos á cualquiera de sus discípulos que se propusiera enmendar los yerros de su vida. Hasta el mismo Epicuro reconoce y enseña la verdad de estos principios, cuando recomienda la privacion como un medio de aumentar el placer del voluptuoso ¹. En resumen, tributar á Dios el debido obsequio, hacer al alma dueña de los sentidos, fortalecer los hábitos virtuosos, expiar los pecados, y preservar nuestras cabezas culpables de los rayos de la divina Justicia, tal es el principal objeto del ayuno y de las privaciones.

IV. Preparacion para la Cuaresma. — Para prepararnos al cumplimiento de la gran ley de la penitencia, la Iglesia nos convida á la meditacion tres semanas antes de la Cuaresma. Los tres domingos que preceden á ésta se llaman de Septuagésima, de Sexagésima y de Quincuagésima, porque el primero es el séptimo anterior al de Pasion, y los otros dos, el sexto y el quinto, así como el primer domingo de Cuaresma se llama de Cuadragésima por ser tambien el cuarto antes del de Pasion ². Estos domingos y las semanas que les siguen sirven de preparacion para la Cuaresma, pues la Iglesia, en su sabia solicitud, quiere disponernos con sus oficios y con la compuncion del corazon á la práctica de la penitencia corporal, é inspirarnos los sentimientos que deben acompañar el ayuno de la santa cuarentena.

En aquellos dias la augusta Esposa del Hombre-Dios ostenta toda la magnificencia de su catolicismo: todos los tiempos me pertenecen, nos dice en sus oficios, todos los justos son hijos míos; por esto las tres semanas que preceden á la Cuaresma están destinadas á honrar la memoria de los elegidos de los antiguos tiempos: Adán y los justos que precedieron al diluvio, Abraham y los Patriarcas hasta Moisés, y por último los Profetas que vivieron durante la antigua alianza. De ahí deduce la Iglesia el gran motivo y la razon fundamental de la penitencia que va á comenzar. Así es que en el *oficio de la noche* nos describe la historia de la caida del hombre y de su infelicidad motivada por el pecado de nuestros primeros padres, y en la *misa* quiere que nos consideremos como víctimas prontas á recibir la muerte, y que nos acordemos de nuestros propios pecados, para que, convencidos de la necesidad de la penitencia, estemos dispuestos á abrazarla en la época que ella ha designado. Por

¹ Véase Jauffret, *Del culto católico*, pág. 204.

² Rupert. lib. IV *Div. Offic.* c. 3 et 4.

esta misma razon suprime desde este dia hasta la Pascua todos los alegres cánticos, el *Alleluia*, el *Te Deum*, el *Gloria in excelsis*, poniendo en su lugar otros cantos lúgubres y oraciones propias de los dias de afliccion.

V. Las Cuarenta horas. — Mas en tanto que la Iglesia nos prepara á la santa tristeza de la penitencia, el mundo realiza la terrible profecía del Salvador: *El mundo se gozará*, decia á sus discípulos, *y vosotros estaréis tristes* ¹; *pero ¡ay de vosotros los que reis* ², y os entregais á vuestros culpables placeres! En compensacion de los muchos pecados que entonces se cometen, se hace el domingo de Quincuagésima y los dos dias siguientes la solemne devocion de las Cuarenta horas, cuya institucion data del siglo xvi. Fué su fundador el P. José, religioso capuchino, que las estableció primeramente en Milan por los años de 1534, á tiempo que el Protestantismo inferia tan crueles ultrajes á nuestro Señor Jesucristo en el Sacramento de su amor. Fué tal el fervor con que los milaneses abrazaron esta tierna devocion, que á no haberse adoptado ciertas medidas hubiérase agotado anualmente todo el aceite, la cera y las telas preciosas de la ciudad para el adorno de las iglesias. De Milan pasó la piadosa institucion á Roma, donde fué recibida con igual fervor por el pueblo y enriquecida de numerosas indulgencias por los sumos pontífices Pio IV, Clemente VIII y Paulo VI, que despues la propagaron por toda Europa ³.

El culto de las Cuarenta horas, acompañado de la predicacion, de la exposicion del Santísimo Sacramento y otros piadosos ejercicios, sirve: 1.º para aplacar la cólera de Dios irritado por los desórdenes de aquellos dias licenciosos; 2.º para apartar de los espectáculos, de los desórdenes, de las locuras é impiedades, á aquellos que pudieran verse arrastrados por la fuerza de la costumbre; 3.º para excitar la piadosa compasion de los fieles hácia nuestro Señor ofreciendo á su meditacion las cuarenta horas que transcurrieron desde su condenacion á muerte hasta su resurreccion; 4.º para prepararnos á la penitencia de la Cuaresma ⁴.

La institucion de las Cuarenta horas nos recuerda las piadosas cos-

¹ Joan. xvi, 20.

² Luc. vi, 25.

³ Ferraris, art. *Eucharist.* n. 67-71.

⁴ Thiers, *Exposicion del Santísimo Sacramento*, lib. IV, c. 17, 18.